

JAIME SILES/X

Aurora EGIDO

Universidad de Zaragoza

EPIGRAFÍA

Jaime Siles (Valencia, 1951) tiene su propio Canon. Lo conforman: una fuga de clásicos que dan el contrapunto a las voces consecuentes de Gerard de Nerval o de Edgar Allan Poe (por citar dos ejemplos). Pero antes, “si puede ser antes”, una estela de Anitas de Cusara le anunció que el lugar de la poesía también estaba sembrado de cizaña.

De ese modo, la génesis de la luz y la hora de los vientos se pueblan de voces extrañas que tiñen de rojo sus cuartillas traspasando los nervios de lo oscuro. El pájaro de fuego tiene el ala quebrada y un resplandor efímero secciona la belleza. Al final, sin embargo, todo es epigrafía. La historia del trigo y el gorjeo de las grullas imprimen su existencia sobre la roca dura. Páginas de piedra se alzan imperiosas, como un altivo muro contra la playa tibia del olvido.

LOS TRES GERIONES

Tres Geriones distintos y un solo Jaime Siles. Componen el tricípite: la clasicidad grecolatina, el Barroco y la poesía universal (valga la redundancia) del siglo XX (y pico de ave). Diseña el primer torso un conjunto de publicaciones académicas que hunden sus raíces en el léxico de las inscripciones ibéricas, pasando por sus trabajos de epigrafía hispánica o de restos ibéricos, hasta llegar a cuestiones relativas al desciframiento del alfabeto “libio-fenicio”, los préstamos en ibérico o la historia del teatro romano de Sagunto. Studia paleohispánica que se asienta en el magisterio de figuras como Antonio Tovar o Jürgen Untermam. Torso de clasicidad (en lo filosófico y en lo literario) que brilla con luz propia en el pórtico de la lengua y de la literatura

latinas, renacidas en los siglos áureos y luego proyectadas, a través de la figura de Mayans (o el fracaso de la inteligencia), hasta nuestros días.

Otro torso, el del Gerión barroco, crece, desde los ya lejanos parámetros de la concienciación lingüística y de la tensión histórica, hasta coronarse, por ejemplo, con los versos de un Paraíso cerrado, abierto para muchos, gracias a la discreta selección de Jaime Siles y José María Micó.

El tercer torso es un arco completo –alba y ocaso– de la literatura del siglo XX en sus distintos géneros, y que se detiene, con particular gusto, en la poesía del 27, recreándose con “la forma en acción” de Rafael Alberti o en la poesía como conocimiento de Jorge Guillén. Voces y letras hispanas y extranjeras –para Siles, nunca extrañas–, en las que caben siempre los signos (no desnudos) de Paul Celan. Y, al lado, la interpretación aplicada a la lectura de los versos de Antoni Marí, César Simón o Josep Piera: Interpretación y traducción (entendida, ésta, como aliada), que se alarga a un sin fin de voces que él convierte en familiares.

Rodea el tronco de los Geriones un paisaje informático de enlaces muy diversos bajo el nombre de *Jaime Siles*: Por ejemplo, la Biblioteca Nacional de España ofrece 114 registros y *Google*, más de 66.000 entradas en el océano mutante de Internet. Forma todo ello, por decirlo con sus propias palabras, un “estado nunca fijo” en el que Jaime Siles (el primer poeta español que cantó el fax y los semáforos) teje y desteje –más allá de los signos, de unas lenguas a otras– la balada del viejo marinero de Coleridge, siguiendo las pisadas imprecisas del caballo en fuga de Martin Walser. Es decir: alfabetos, nombres, signos, lugares (siempre Viena) y, sobre todo, música que se hace agua o que llega a la canción mínima del gliptodonte y a los poemas que se leen del revés.

José Manuel Blecua dijo que Jaime Siles (como Unamuno, entonces) era el poeta más culto de su tiempo. Yo añadiría ahora, y el más cosmopolita, por sus viajes, sus estancias, su conocimiento de lenguas y culturas, y su ambición sin tasa para abarcarlo todo (en la medida de lo posible). Lo diré sin ambages: Siles ha sido y es un puer-senex, un poeta y erudito precoz, que puede presumir de primero en muchas cosas, pero que, afortunadamente, no se desboca por exceso de énfasis y grandilocuencia. Lo salvan del naufragio el rigor, la ironía y la experiencia. En él andan juntos el puer que juega y el senex que piensa. O lo que viene a ser lo mismo: el Siles que siente y el Silex que medita. De ese modo, la reflexión, la contención y el cuidado de las formas ponen freno al caballo íntimo de la poesía.

Postdata: (Últimamente la realidad, con minúscula, le ha dado algunas alegrías, pero es sólo para demostrarle que es pura coincidencia).

CLAVES Y LLAVES

Obsesión nominal

Es la mayor batalla de los Tres Geriones y la que su poesía libra desde 1974, cuando Siles dijo: «Poetizar es un acto de Realidad y de lenguaje: Transformar los nombres hasta el sustrato primigenio, indagar tras el concepto originario, pulsar el Ser desde lo uno hasta lo múltiple, devolver la realidad a la Realidad».

La inteligencia le da el nombre exacto de las cosas. La poesía añade al nombre significados nuevos. De todos los poetas de su generación, o mejor dicho, de su tiempo, que llega hasta hoy mismo, es el que mejor ha sabido entender que había que regresar al mundo de los conceptos –donde residió Cernuda–; sin merma del culto a las formas clásicas y a la novedad de las vanguardias, buscando, como hiciera Paul Valéry, los caminos sensibles del conocimiento.

Poesía esencial

Su obsesión nominal va siempre al étimo, a la raíz en la que la palabra bebe su significado (de fray Luis y sus diálogos en la isla del Tormes, a la busca esencial de esos Nombres sobre los que la poesía se sustenta, pero que sale a la vez al encuentro de las formas para fundir el alma y el cuerpo del lenguaje).

Poesía esencial, afín a los dictados de Ungaretti, y que brota de la antigüedad grecolatina, a veces sentida como pérdida, pero que aflora, torpe o vibrante, en las voces áureas y en las actuales, con un ápice de enseñanza moral a través de la percepción –entre tragedia y comedia– del tiempo. La poesía de Jaime Siles es cósmica y humana, lo que conlleva una doble dimensión en la que el verso opera, a veces por metonimia, yendo de lo particular y personal a lo universal (y viceversa). Con el correr del tiempo, la esencia se ha inundado de presencias.

Oxímoron

Es clave del significado y de la forma, pues el contraste entre dos sentidos opuestos afecta también al plano del significante. Su presencia en la poesía de Jaime Siles ya fue detectada por Hans Hinterhäuser. Sólo cabría algo fundamental que Siles sabe muy bien: el enfrentamiento de dos palabras de significado contrario es artificio retórico propio del germánico antiguo y del celta. Sin olvidar las prácticas que, desde San Juan de la Cruz, llegan al oxímoron dialéctico de Machado o al “Dios deseante y deseado” de Juan Ramón Jiménez.

Aliteración

Clave de forma (es figura morfológica) y, curiosamente uno de los artificios más importantes de la poesía en lenguas de tipo germánico. Pero Siles busca siempre, desde el paralelismo musical y morfológico, los efectos del significado (como ya hiciera Rubén Darío: «Salve al celeste sol sonoro»), constituyendo así, con ella, una suerte de metapoética.

Palabras en fuga

Aparecen y desaparecen (como los personajes de Martin Walser y como el propio Siles, que siempre va de vuelo). Palabras en perpetua huída, que discurren entre el ser y el parecer (o, en su caso, el desaparecer para no caer así «en el corazón del miedo»).

Poemas-maleta

No confundir con ejercicios de estilo como los de las “japonecedades” de Borges –aunque los haya–, sino con un proceso de metaanálisis: Los poemas y los libros de Jaime Siles remiten unos a otros, se leen entre sí y se desleen. Son «hebras de sol» que se filtran e infiltran como «fragmentos de sueños» en la «caja de los juegos». Siempre a la caza del significado, pero también de su fuga, pues «la escritura (desatada) del corazón» se detiene «a golpes de silencio» y calla.

Sistema

Poema y libro de poemas entendidos como sistema, con distintos niveles. Mosaico de textos, de absorción de textos, propios y ajenos, que se relacionan entre sí. Alguien diría que se trata de isotopías, de extractos de sentido que atraviesan la escritura. En fin, lenguaje poético auto-reflexivo e irónico, plurisémico y ambiguo. Un sistema, a veces, de simulación, articulado más allá de la lengua ordinaria, pero presumiendo de ella, y en el que el verbo, el sonido, el ritmo, la grafía, la gramática y el sentido, se ajustan a una trama que los convierte en un paisaje con figuras, tejido, pintado y cantado, que brilla, suena y resuena

Propileo

Las palabras, las estrofas, los poemas, los libros de Jaime Siles conforman peristilos de columnas erguidas, altas, de estilo jónico con base ática, a veces, fasciculadas, creando así vacíos intermedios que el silencio niega.

GUIRNALDA

Génesis

Una estrella y un astro copulan en el cielo

Cuatro elementos

Un pájaro se engendra de plumaje de fuego y pico de bengala
que va ardiendo en los aires.

La arena espera, tendida, cantilenas del agua
por los huesos

(acaso ese latido de agua que se incendia)

Una pantera roja araña el horizonte.

Luces de espuma y una arena insaciable
que devora los cuerpos submarinos.

Fábula

Los pájaros de enero,
muertos junto a la orilla,
buscan el cuerpo azul,
la sangre atravesada
por espadas de ceniza y espino.

Entonces

alguien nombró la puerta,
y sus labios perdieron el color.

Cesó la música.

Caballo de oro para la poesía

El caballo sin freno que la muerte detiene (un cataclismo de huesos
que la noche se encarga de enviar hacia el olvido)

Música: obertura y silencio

Tres suites

1. Fa mayor (oboes, trompas, fagot y cuerda)

Todo es música, nota, diapasón.

Hasta los cuerpos, en la nada, suenan.

2. Re mayor (trompetas)

En lo alto del cielo, los pájaros invisibles de Bassani
y el ala, breve,
minuciosa
suena.
Giran sobre sus cuerpos
las arrancadas notas.
Circunscriben las voces a límites sonoros
el detenido tiempo que hace nacer la música.

3. Sol mayor (para flautas y cuerdas)

¡Ah, música, detente!
Y, herida, irás tiñendo
la nieve con la miel manada de tu túnica.
Ciñe y horada para ti el espacio,
ninguna bóveda soportará tu impulso.
Rompe mis dedos, corta mis sentidos.
Nada dejes atrás que te sujete.

Eco

Pálpame, percepción, bajo lo ignoto
(el nombre pronunció, que ahora repites)
¿Quién me llamó? ¿Qué mente me ha invocado?

Presencia

Tal vez la cabellera de una muchacha hundida bajo el mar
sin memoria
donde tus dedos toquen o tus ojos miren.
¡Qué lujuria de besos nunca dados!
Yo te voy descubriendo,
metálica mujer, entre el espino.
Ya no existe más furia, ni llama que el amor
La posesión de límite que encierro
hacia un espacio sin final me lanza
al centro de ese centro
que anula toda voz.

Signos

Líneas de tiza roja: rejas.
Limbo o idioma,
desierto de coral
donde el dibujo sonoro de la línea
es un ritmo de espacios de color.
Página de la realidad
unida de la nada en lo sonoro
Abanico vacío,
tiempo
inmóvil
(Tinta la noche extinta)
Alfabeto nocturno de la nada,
el invisible punto ya ha llegado.
Solo ya en ti,
final,
la transparencia.

Topografía

Pisas la nieve intacta
(un modo de acceder).
Fluye en el vaso el tiempo.
Flota el otoño de Salamanca
Tubinga, Madison y Colonia,
el lago de Mendoza
Turín, Bérghamo y Graz,
semáforos de Valencia,
molinos baleares,
himnos tardíos más allá de los signos.
Paisajes desde un tren
como el agua de un río
que vuelven a Parménides
y al limbo silencioso de Alemania.
Lo demás, simulacros
en una línea roja
que asciende a la mezquita de Xián
o desciende a un haiku
de horizontes difusos.
Paraíso cerrado y prohibido
donde todo es ayer
menos nosotros mismos.

Edición crítica

Entre Manilio y Plauto,
acotaré la comenzada muerte de las rosas

Métrica

Ásperas aspas que mordéis los días

Final

En la increada luz que nunca muere
por el aire que extrema su medida
las columnas del templo que adivino
levantarán la voz a ti debida.

Aurora Egido (contrafactor)